

pital argentina; Sala Verdi, Teatro Solís y del SODRE, de Montevideo, Uruguay; Philarmonic Hall, del Lincoln Center, Carnegie Hall y Waldorf Astoria, de Nueva York; Teatro Municipal y Universidad de San Pablo, en Brasil; Teatros Olympia y L'Empire, de la capital francesa... ¿Hace falta seguir, o es más que suficiente, a manera de aperitivo de un sintético curriculum?

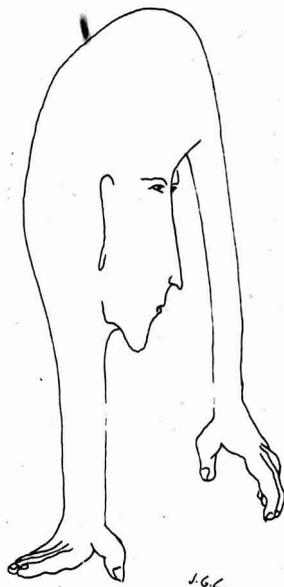
Por si fuera poco, el responsable de la nota remata la misma haciendo conocer lo que considera prácticamente una vergonzante cesión de la sala Nezahualcóyotl a tamaño intruso del mundo de la música (Reléase por favor el párrafo que comienza con "¿Qué tenía que hacer...", para evitarnos repeticiones de transcripción).

"El bandoneonista" aquel, el del "otro" grupo que actuó, ese "modesto exponente del arte arrabalerero", es el mismo que se formó musicalmente al lado de Alberto Ginastera y Raúl Spivak en su país natal, y con la grande y recientemente desaparecida Nadia Boulanger, en París. Casualmente, es el mismo que fuera distinguido con premios del *Círculo de la Crítica de Buenos Aires* y con el *Fabián Sevitzky* por sus obras sinfónicas y de cámara. El mismo que, junto a su copiosa y valiosa producción, acaba de estrenar, en diciembre pasado, el "Concierto para bandoneón y orquesta", secundado por la Filarmonía de Buenos Aires...

A esta altura, hace falta añadir algo más de su historial, de sus filmes musicalizados, en Argentina y Europa, de sus restantes galardones y trabajos... ¿O ya es suficiente?

Con todo el respeto que nos merecen las cantantes mencionadas por el crítico de marras, e incluso el excepcional flautista Jean Pierre Rampal, nada tiene que envidiarles Piazzolla en cuanto al talento. Tampoco ha debido sonrojarse ni amilanarse al ocupar el mismo escenario que estas otras primeras figuras. Cada una de ellas, en su disciplina específica, son indiscutibles nombres de primerísima línea a nivel mundial.

Y, ya para finalizar, cabría preguntarse a qué viene todo ese párrafo destinado al propio Piazzolla y a los integrantes de su Quinteto en el que, absurdamente, se plantea —como para desmerecerlos— el hecho de que "no podían apartar la vista del papel pautado..." Al margen de los permanentes y complicados arreglos que para sus versiones pone en juego



constantemente el músico rioplantense ¿desde cuándo la memoria es sinónimo invariable de calidad y excelencia en los instrumentistas?

Y, yendo aún más lejos, ¿desde cuándo el tango se ha caracterizado por la improvisación a cargo de sus ejecutantes?

¿No se habrá confundido de Festival el señor Barros Sierra? De Festival y de latitud geográfica.

Porque, por ahora y que estemos enterados, el género musical de Buenos Aires no es el de New Orleans.

LECTURAS

UN EXAMEN APROBADO

POR GUILLERMO SHERIDAN

Las revistas literarias, dice Panabiere, son como ferrocarriles. Cruzan los diversos territorios del mapa accidentado de la cultura, uniendo, separando, siempre en un continuo ir y venir de proposiciones, alternancias, opciones. Hay revistas que arrancaron hace ya mucho tiempo y que continúan realizando una labor cimentadora e intrigante desde su perpetua movilidad, sin que el tiempo de su duración resulte para ello determinante. Las revistas literarias, dice Adolfo Castañón, no deben durar para poder durar.

No cabe duda de que la serie de revistas que nacieron por el empeño y la disciplina del grupo de *Contemporáneos* constituyen ese

caso: desde *Ulises* hasta *El Hijo Pródigo* sus revistas forman largas tiradas de rieles que todavía hoy arrancan y se dirigen a los más variados territorios, y por todos ellos dejan su huella paralela y determinante. Troncales además, múltiples vías se han conectado con ellas y, dentro de sus peculiares caracteres, colaboran a difundir las actitudes valientes y ejemplarizantes que aquellas señalaron en principio, sin por eso ser su fiel reflejo. De alguna manera puede decirse, entonces, que esas colecciones de revistas constituyen inclusive una especie de estación central, de abasto, en el mapa de la cultura moderna mexicana. Desde los tímidos y miméticos atisbos de *La Falange*, de la *Revista Nueva*, de *Ulises*, de *Contemporáneos* y *Examen*, su pensamiento, su capacidad para la práctica de las más variadas escrituras, su disgregación y su ejercicio crítico, el grupo se afirma como el más sostenido y el más diversificante.

Examen, revista fundada y dirigida por Jorge Cuesta en 1932, después de la muerte de *Contemporáneos* en el mismo año, que acaba de ser editada por la Colección de "Revistas literarias mexicanas modernas" ofrece, dentro de su brevedad (3 números) un buen ejemplo de todo ello.

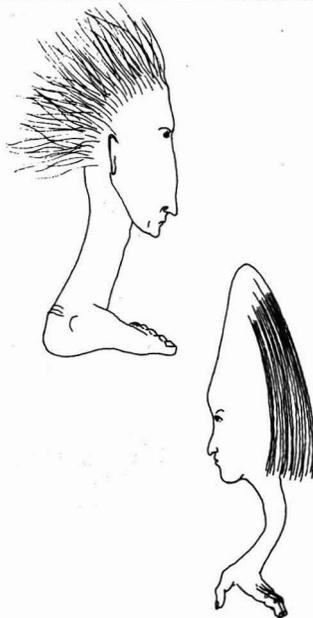
La revista suscita de inmediato su propia leyenda: el escandaloso proceso a que se vieron sometidos Cuesta y Rubén Salazar Mallén por la publicación de la novela de este último, *Cariátide*, en sus páginas. El editor y el novelista salieron exculpadados por la ley, pero la revista murió, mermadas sus reservas económicas por el costo del juicio. ¿Qué tanto de leyenda hay en todo eso? La realidad de la que surge es bien real: el afianzamiento de una noción de la "moral pública" originada por la llegada al poder de una burguesía posrevolucionaria ponsoñoza y ávida; la configuración temprana de una "opinión pública" gobernada por los elementos más retardatarios de unos años treinta pacatos y pedantes.

Cuesta elige, en apariencia, una línea de argumentación para explicarse lo que pasó: la envidia. Estaba, como sus compañeros, acostumbrado a recibir los más fervorosos ataques de las personas más minadas por su propia insatisfacción. Le molesta la insidia de personas tontas a su carácter de "espíritu noble" y concluye que el escándalo es tramado por personas que persiguen a "quienes no comparten su mediocridad ni sus fetiches", argumento que convive con otro de similar naturaleza: el que se niega a decretar que el pueblo es vulgar y que se niega a cualquier pensamiento de altura. El

enemigo es la burguesía más rasta-cuera y estentórea del país, burguesía que, literariamente, se encuentra dignamente representada por Rafael López.

En el fondo hace bien Cuesta en adjudicar el proceso a la zona dudosa y dúctil de las pasiones. La labor que él y su grupo ha sostenido durante los últimos cinco años ha sido ardua y desinteresada. Ha tenido que salvar todos los obstáculos. Un poco Hamlets y otro poco Robin Hoods, los Contemporáneos están ya muy fastidiados de encarnar, a los ojos la cultura alineada con los ideales de la Revolución, todo lo detestable que el país puede tolerar. Son los amanerados, los afeminados, los poetas heréticos, los exquisitos, los anti-viriles y, ahora, los procaces. Un par de años después de la consignación de *Examen*, Maples Arce pedirá que se tipifique el delito de pederastia "estimulado" por autores de la ralea de Oscar Wilde y André Gide y Marcel Proust. Se trata de un victorianismo a la violeta, anacrónico, que dista mucho de obedecer a un plan de regeneración nacional, como si tal cosa fuese posible. Y con Cuesta y sus amigos —importantes funcionarios en Educación Pública o en Bellas Artes los más— esa casta decide crear un circo de escándalo que carece de cualquier dignidad moral o de cualquier atisbo de ideas. Quizá no podía esperarse otra cosa ante quienes se dedicaron sistemáticamente a roer todas las supuestas virtudes emanadas de una Revolución manipulada y torcida. ¿No eran Cuesta y sus amigos los profesionales "decepcionadores" de la cultura mexicana? Supieron por ello lo que fue el desprecio, la envidia, la ignorancia, la malediscencia y, finalmente, la persecución.

Pero como le escribió Victor Hugo a Baudelaire después de su propio proceso: "esta es la única medalla que el régimen puede otorgar y le ha sido conferida a usted..." En fin: un repaso a *Adela* y yo, novela en la que Salazar Mallén cuenta el caso, y al tercer número de *Examen*, con los brillantes y conmovedores ensayos de Cuesta sobre la consignación de su revista, deben agotar la memoria del caso para hacer de él un recordatorio siempre presente, sobre todo ahora, cuando la misma clase de razonamientos avalan diversos actos "moralizantes" del gobierno. En qué país estamos, Agripina...



DESDE LA CIENCIA Y MÁS ALLA.

POR SANTIAGO GENOVÉS.

El orden de los factores no altera el producto. La ciencia es método, tenacidad, comprensión, imaginación, parto, intuición. La poesía es imaginación, parto, intuición, comprensión, método, tenacidad. Desde hace tres décadas (C.P. Snow), entendemos formalmente el hiato, el vacío que existe entre ciencia y humanidades. Recientemente (1979) Hofstadter, por medio del más cabal razonamiento científico-matemático, a través de 777 páginas, 'con mucho arte' establece la liga entre Bach (música), Escher (litografías) y el teorema de Godel (paradoja de Epiménides, paradoja del mentiroso). Es raro que el poeta, el escritor haga ciencia. Es raro que el científico haga otra cosa que no sea ciencia. Está mal visto. Pero todos, científicos, escritores y poetas nos hemos nutrido, antes de serlo, de los Dante, Cervantes, Shakespeare, Homero, Virgilio, Tolstoy, Joyce, Proust, Dostoyewski, Baudelaire, Goethe, Verlaine, etc. Todos hemos comido su pan. ¿Por qué olvidarlo? ¿Por qué olvidar que fuimos adolescentes, y al serlo fuimos Quijotes, y Telémacos, y Ulises y Paris y el Príncipe Idiota? Si lo fuimos, en medida varia, lo continuamos siendo. ¿Por qué esconderlo? La vida no está dividida. La naturaleza, la ciencia o la literatura, o la poesía, tampoco. Dividimos, hacemos compartimentos, clasificamos para entender, dadas nuestras humanas limitaciones mentales. Tampoco está dividido el cerebro a pesar de las claras localizaciones cerebrales particulares: el cuerpo calloso une el lado derecho, intuitivo y holístico al izquierdo, lógico y razo-

nador. ¿Qué hacemos en la Universidad? La propia palabra, Universidad, nos lo dice.

No es todo esto una justificación, ni menos una aclaración. Es sólo una filosofía de vida. De vida vivida intensamente. De esta vida. No tenemos otra aunque nos alimentamos con frecuencia de esa posibilidad. Vivir la juventud es importante. Vivir la madurez también. De mí, al menos, no se podrá decir que morí joven. (Tomo esta frase del poeta Angel González. Tenemos la misma edad).

Así, con alegría y gusto, doy a la *Revista de la Universidad*, con la que he colaborado desde hace más de 20 años, dos poemas escritos recientemente, al encontrarme, como todo hombre normal, en una particular situación emotiva. Los poemas están escritos desde el punto de vista femenino, hasta donde me fue posible ubicarme en él.

VENTE CONMIGO II (La eterna espera)

Son las doce:
Entre sueños te oigo entrar.
Te desnudas
y en sigilo te acuestas.
Son las tres:
Tu cuerpo, duro sobre el mío
me penetra entre sueños.
Jadeas.
Y cuando empiezo a despertarme
ya estás, blando,
en tu lado del lecho.
Son las siete:
"No partas tan temprano,
espera, hagamos el ..."
"Tengo prisa, el trabajo ...
me espera un comprador".
El mundo es traidor.
El mundo es así.
¡La venta, la compra!
Y yo sola aquí
abierta y dispuesta
¡Ay pobre de mí!

VENTE CONMIGO III (Lesbiana sin quererlo)

"Así no,
me haces daño".
Tú duro, dispuesto,
a punto de caramelo.
Yo fría, distante, aún lejos.
¿Otra vez así?
No ves que no puedo
que necesito tiempo.
Pero a él no le importa,
está ciego.
Como toro recién salido al ruedo
me embiste.
No soy torero:
Soy mujer desnuda.
Te quiero, pero no así.

"Me haces daño,
no puedo."
En su mero centro
su cuerpo sube y baja.
Pero el centro del mío
necesita mas tiempo.
En mi soledad pienso
"Qué lejos está el hombre
de saber qué es el sexo,
natural, sin desplantes
con goce verdadero.
¡Ay!, amiga de infancia,
con qué amor te recuerdo".

UN LOWRIANO ICONOCLASTA

POR ADOLFO CASTAÑÓN

Una calculada medida anima el perspicaz preliminar a Lowry del Profesor Cross. Abre previniendo al lector contra la proliferación de la crítica lowriana que él, con sesgada buena voluntad, llama simbólica. ¡Precaución, Lector! La interpretación de la obra de Malcolm Lowry se encuentra en el mismo estado que la de Joyce hace treinta años. ¡Cuánto se hace sentir la falta de críticos propiamente literarios —dice Cross— que, más allá de la mitología y la simbolomanía, vayan tramando, engranando la obra consigo misma, tejiéndola y destejiéndola junto con el idóneo lector! La medida, el cálculo y la perspicacia son pues las armas de este estudioso que, antes de profesar opinión alguna, la fundamenta en la lectura, vale decir en la detección de ciertas interrelaciones fundamentales en el corpus lowriano. Los resultados de esa investigación serían, para decirlo en 22 líneas, que *Ultramarine* y *Lunar Caustic* son preludios del literario itinerario sin fin y escauceos antecedentes de la empresa autocognoscitiva que en *Bajo el volcán* se desarrolla y que evoluciona envolviéndose y envolviendo al autor hasta atraparlo en sus redes, en los cabos sueltos de su propia leyenda inconclusa: de modo que el Viaje sin Término del autoconocimiento verdadero desemboca en el callejón sin salida de una narcisista ipsocogitación. Para escribir, Lowry se ha visto precisado a vivir la leyenda que, redactada, lo convertirá en Escritor; per se la leyenda carece de sentido, y el "fracaso" de las obras últimas de Lowry explicaría la distancia que lo separa de Proust y Mallarmé.

La sangre se muere de sed, se desea muerta, seca, en las letras; maldito y sangriento, todo lo vivido qui-

siera desembocar en un libro. ¡Y qué no hacen los hombres por convertir sus hechos en hazañas! Por amor a la hazaña pasan por alto la hechura de los hechos, y los matan, suplantando, subrogando su facticidad, su consustancial objetivo para postular en cambio la figuración pura, la vacua leyenda anterior a sí misma.

Malcolm Lowry habría dejado de conocerse a sí mismo, de amarse, vale decir de vivir y escribir, para quedarse, como fallan las obras posteriores a *Bajo el volcán*, con la imagen de la búsqueda de ese conocimiento, con el lamento por el amor y no con el amor, con las ganas de vivir que no con la vida, con la imagen —arrogante y exaltada y romántica— del escritor impotente por exceso de potencia, y no con su trabajo artesanal, resignado, descalzo en la modestia previa a las intenciones y obediente a las intensidades. Alarga Lowry indefinidamente los manuscritos de *October Ferry* en lugar de resolverse a volver, nuevo Perseo, para cortarle la cabeza, la múltiple cabeza, a la Gorgona de su ingobernable y lírica inspiración.

La voz del Profesor Cross es mucho menos arrebatada que ésta que reseña, y en su estudio nunca pierde de vista la escueta meta: sólo hay, no hay más que un Malcolm Lowry, aquel trágico de *Bajo el volcán*, y sus obras anteriores o posteriores sólo pueden interesar en la medida en que arrojan una luz suplementaria sobre ella.



Si *Bajo el volcán* abre y se abre de veras como un camino en medio de nuestra vida entreguerras, las obras que lo anteceden y luego siguen son, no pasan de ser, callejuelas laterales, pasillos precoces donde ya se presiente la gran avenida que está *Bajo el volcán*, o bien sólo tortuosos callejones que postergan su salida, irregulares canales de Panamá que salen del vasto mar increado de la fertilidad y desembocan en el golfo cautivo del marinero sin Sinbad, del marinero en tierra que nunca volvió a zarpar.

La monografía se encuentra en las antípodas de la crítica inflacionaria y de la "Lowrylatría"; crónica de una novelanacimiento y de varios novelicidios, el estudio crítico reduce y está escrito para decepcionar. No es malo su resumen de *Bajo el volcán* (algo turista al final cuando parangona amantes y volcanes) y por el caudal de referencias literarias que asoman —insinuación es cortesía— a lo largo del texto se ve que el Profesor Cross, quien colabora en *Modern Philology*, sabe lo que dice. Por lo menos tiene todos los elementos para saberlo. La obra contiene en apéndice una exhaustiva y razonada nota sobre la literatura a que han dado lugar Malcolm Lowry y su obra.

La nota no sólo es un compendio de lo que se ha dicho sobre Lowry. Da una buena idea de cómo Cross, lowriano iconoclasta, se aproxima a su objeto de estudio.

Richard K. Cross: *Malcolm Lowry. A Preface to his Fiction*. University of Chicago Press, 1980.

Sr. Arturo Azuela,
Revista de la Universidad,
Ciudad.

Estimado Sr. Azuela:

Les agradezco, sinceramente, la publicación de mi poema "Ciudad" en el número 10 correspondiente al mes de junio de 1980.

A esta nota de agradecimiento quiero añadir una petición: que en un número próximo de la revista se haga la aclaración de que el libro *Las primeras notas del laud*, que erróneamente se me atribuye, fue escrito por Miguel Flores Ramírez.

Comprendo que la cuasi homonimia facilita la confusión sobre nuestras identidades, pero no quisiera aparecer como autor de textos que no me pertenecen.

Cordialmente,
MIGUEL ANGEL FLORES